

Oración pidiendo ser librados de feroces enemigos.

Oración del rey Josafat.

2 Crónicas 20:5-12

Por *Julio César Benítez*

juliobenitez@caractercristiano.org

Y se reunieron los de Judá para pedir socorro a Jehová; y también de todas las ciudades de Judá vinieron a pedir ayuda a Jehová. Entonces Josafat se puso en pie en la asamblea de Judá y de Jerusalén, en la casa de Jehová, delante del atrio nuevo;

y dijo: Jehová Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y tienes dominio sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder, que no hay quien te resista?

Dios nuestro, ¿no echaste tú los moradores de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham tu amigo^(A) para siempre? Y ellos han habitado en ella, y te han edificado en ella santuario a tu nombre, diciendo:

Si mal viniere sobre nosotros, o espada de castigo, o pestilencia, o hambre, nos presentaremos delante de esta casa, y delante de ti (porque tu nombre está en esta casa), y a causa de nuestras tribulaciones clamaremos a ti, y tú nos oirás y salvarás.

Ahora, pues, he aquí los hijos de Amón y de Moab, y los del monte de Seir, a cuya tierra no quisiste que pasase Israel cuando venía de la tierra de Egipto,^(B) sino que se apartase de ellos, y no los destruyese; he aquí ellos nos dan el pago viniendo a arrojarnos de la heredad que tú nos diste en posesión.

!!Oh Dios nuestro! ¿no los juzgarás tú? Porque en nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos.

Y todo Judá estaba en pie delante de Jehová, con sus niños y sus mujeres y sus hijos.

Introducción:

Los hijos de Dios nunca estarán libres de acosos, persecución y adversidad en este mundo. Solo cuando estemos en el estado de glorificación, en la consumación de la redención, podremos disfrutar para siempre de tranquilidad. Mientras tengamos residuos de pecado en nosotros, la adversidad será necesaria para que crezcamos en santificación.

Pero muchas de las adversidades que se ciernen sobre el creyente, son tan grandes que a veces pensamos no poder continuar y tendemos a desfallecer.

Las Sagradas Escrituras nos muestran como reaccionaron los santos hombres de Dios, frente a fieros enemigos.

Josafat fue un buen rey que gobernó a Judá por 25 años. Su reinado gozó de cierta tranquilidad, aunque los pueblos vecinos, intentaron, una que otra vez, atacarles en guerra.

Este rey contaba con un gran ejército que superaba el millón de hombres. 2 Cró. 17:13-19.

En sus días se levantaron contra Judá los pueblos hijos de Moab y Amón para hacerles guerra. Estos pueblos, y los *meunitas*, enemigos conformaron un ejército muy grande y temible, con el fin de atacar a Judá, echarlos de la tierra de Canaán y exterminarlos.

Las noticias llegan pronto al rey Josafat, y no son nada esperanzadoras. “...*Contra ti viene una gran multitud del otro lado del mar, y de Siria; y he aquí están en Hazezon-tamar, que es Engadi*” (v. 3).

La reacción inmediata del rey es de temor. No era para menos. Estos pueblos enemigos contaban con un ejército muy poderoso y temible. A pesar de que Judá contaba con 1.000.000 de soldados, esto no era suficiente para repeler semejante ataque. La tragedia se acercaba al pueblo del Señor.

Pero el Rey no se limitó a solamente experimentar temor o miedo. Sino que él hizo lo que todo cristiano debe hacer cuando está siendo acechado por algo que le causa temor “... *humilló su rostro para consultar a Jehová, e hizo pregonar ayuno a todo Judá*” (v. 3).

Siendo que la adversidad cercana iría a afectar a todo el reino, de todas las ciudades y villas acuden personas para clamar al Señor en el templo de Jerusalén. Esta gente conocía que cuando el pueblo del Señor se reúne para orar juntos, allí el Señor envía bendición y vida eterna. (Sal. 133:2).

En medio de esta asamblea, el rey Josafat se pone en pie y eleva una plegaria de súplica al Señor.

Analicemos esta humilde oración, emanada de un corazón temeroso, en medio de fuertes amenazas que se ciernen sobre el pueblo del Señor.

1. Exaltación del poder soberano de Dios. V. 6
2. Recordando los hechos del poder soberano de Dios. V. 7
3. Acudiendo a las promesas del pasado. V. 8-9

4. Expone su total dependencia del poder soberano de Dios. V. 10-12

1. Exaltación del poder soberano de Dios. V. 6

“Y dijo: Jehová Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y tienes dominio sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder, que no hay quien te resista?”

Hemos visto en las anteriores oraciones estudiadas, que los santos tienen muchas formas de exaltar al Señor en medio de su necesidad. Aunque es nuestro deber adorarle con toda nuestra vida, no obstante, hay oraciones especiales, que se elevan en situaciones particulares, en las cuales es de mucho valor exaltar ciertos atributos de Dios.

En el caso de la oración de Josafat, él inicia exaltando el poder soberano del Señor. Un poder que ha actuado en beneficio de sus padres (Abraham, Isaac, Jacob, David). Aquí Josafat sigue el ejemplo de los santos que le han precedido, acudiendo siempre al Dios del pacto. Él sabe que todo favor divino dependerá, de manera especial, de las promesas del pacto hecho a Abraham.

En esta exaltación, el Rey reconoce que Dios es el Alto y Sublime, el que gobierna sobre todo, el que está por encima de la creación misma. Muchas veces en las Sagradas Escrituras la palabra “cielo” no hace referencia a un lugar sino que denota autoridad, poder, dominio, exaltación, lo sublime. Yahvé es el Dios sublime que lo llena todo.

Pero este Dios trascendente, también es inmanente, y aunque él es el totalmente otro, el santo, el que está por encima de la creación, su poder y gobierno actúan sobre la vida de las naciones. Su dominio está sobre todos los reinos de la tierra. Josafat no está acudiendo ante uno de los dioses de los pueblos vecinos, los cuales, según la comprensión de sus fieles seguidores, solo tienen dominio sobre ciertos lugares. Él pone y quita reyes, conforme a su voluntad perfecta.

¿Habrá alguien que se enfrente al poder del Dios soberano y salga bien librado? Nadie, ni siquiera este numeroso ejército que viene contra el pueblo del pacto. Esta es una declaración de exaltación, pero a la vez de ánimo para él y su angustiado pueblo. No hay consuelo más grande que saber estar orando a un Dios cuyo poder no tiene límites.

2. Recordando los hechos del poder soberano de Dios. V. 7

“Dios nuestro, ¿no echaste tú los moradores de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham tu amigo para siempre?”

Ahora el rey menciona un hecho de gran trascendencia en la historia del pueblo de Dios, algo que les ayudará a tener más confianza en su dependencia del Rey soberano: *¿No echaste tú a los moradores de esta tierra delante de tu pueblo Israel...?* Conforme a la necesidad que se va a presentar en la oración, así se reconocen los atributos y las misericordias divinas.

El pueblo está siendo agredido por los pueblos vecinos que quieren sacarlos de la heredad recibida, quieren exterminarlos. *¿Cómo se aumentará la fe, sino reconociendo los poderosos hechos del Señor obrados antiguamente para destruir a los pueblos que estaban allí asentados?*

El apóstol Pablo nos enseñó a orar siempre con acciones de gracias. Los santos en la Biblia practicaron estos sabios principios. *“Por nada estés afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”* Flp. 4:6

Las acciones de gracias son un reconocimiento de adoración al Padre eterno, pero también son un alimento para nuestra fe, para nuestra confianza.

3. Acudiendo a las promesas del pasado. V. 8-9.

“Y ellos han habitado en ella, y te han edificado en ella santuario a tu nombre, diciendo: si mal viniere sobre nosotros, o espada de castigo, o pestilencia, o hambre, nos presentaremos delante de esta casa, y delante de ti (porque tu nombre está en esta casa) y a causa de nuestras tribulaciones clamaremos a ti, y tú nos irás y salvarás”

Tanto el rey como el pueblo que ha acudido a humillarse ante Dios, clamando por su misericordia para ser librados de este poderoso ejército enemigo, tienen muy presente la oración que hiciera Salomón cuando construyó el templo en Jerusalén, y también recuerdan que la gloria de Dios llenó ese lugar, respondiendo afirmativamente la plegaria de este antiguo Rey. Salomón había pedido al Señor: *“Mas tú mirarás a la oración de tu siervo, y a su ruego, oh Jehová Dios mío, para oír el clamor y la oración con que tu siervo delante de ti. Que tus ojos estén*

abiertos sobre esta casa de día y de noche. Asimismo que oigas el ruego de tu siervo, y de tu pueblo Israel, cuando en este lugar hiciere oración, que tu oirás desde los cielos...si tu pueblo saliere a la guerra contra sus enemigos por el camino que tú les enviases, y oraren a ti hacia esta ciudad que tú elegiste, hacia la casa que he edificado a tu nombre, tú oirás desde los cielos su oración y su ruego, y ampararás su causa” 2 Crónicas 6:19,20, 21,34.

Ellos no consideran sus méritos propios como elementos válidos para esperar una respuesta del Señor, sino que acuden a las promesas hechas a sus antepasados, acuden a las promesas del pacto. Acuden a las Sagradas Escrituras.

Acudir a las promesas del pacto es un firme fundamento que asegura respuesta divina a la oración. Si bien es cierto que Dios es soberano para hacer cómo el desee y dar la respuesta a la oración conforme a su perfecta voluntad. También es cierto que el Señor no ha dejado a su pueblo con ideas tan vagas respecto a la oración que podamos venir con ambigüedad al trono de la gracia. No. El Señor nos ha dado firmes promesas, a través de su pacto, en las cuales podemos tener la plena confianza que será hecho.

Las promesas del Señor son firmes y seguras. El rey Josafat y su pueblo están llenos de temor, están angustiados por la situación difícil que se acerca, pero ellos saben a dónde ir cuando el afán los acose. Acuden al Trono de la gracia, representando en esa dispensación por el templo o la casa del Señor.

Hoy día los creyentes podemos acudir con plena certidumbre de fe, no al templo de Salomón, ni a un templo físico, sino directamente al Trono celestial de la gracia, por medio de Cristo, esperando encontrar en él, el socorro oportuno.

Así como los judíos tenían promesas de que sus oraciones serían escuchadas en el templo, los cristianos tenemos firmes promesas de que nuestras súplicas serán escuchadas directamente en el trono celestial.

Heb. 10:22 *“Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe...”*

Heb. 4:16 *“Acerquémonos, pues, confiadamente al Trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”*

Luc 12:22-31 *“ Dijo luego a sus discípulos: Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. La vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido. Considerad los cuervos, que ni*

siembran, ni siegan; que ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves? ¿Y quién de vosotros podrá con afanarse añadir a su estatura un codo? Pues si no podéis ni aun lo que es menos, ¿por qué os afanáis por lo demás? Considerad los lirios, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si así viste Dios la hierba que hoy está en el campo, y mañana es echada al horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud. Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas. Mas buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Juan 17:6-24 He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera. Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.”

No importa la clase de adversidad que tengamos, podemos llegar con nuestros afanes y temores al Trono de la gracia, y allí encontraremos socorro.

4. Expone su total dependencia del poder soberano de Dios. V. 10-12

“Ahora, pues, he aquí los hijos de Amón y de Moab, y los del monte de Seir, a cuya tierra no quisiste que pasase Israel cuando venía de la tierra de Egipto, sino que se apartase de ellos, y no los destruyese; he aquí ellos nos dan el pago viniendo a arrojarnos de la heredad que tú nos diste en posesión. ¡Oh Dios nuestro! ¿No lo juzgarás tú? Porque en nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos.”

Luego de exaltar el nombre del Señor y de recordar las preciosas promesas del pacto, el rey presenta la petición suya y del pueblo.

Ellos están siendo tratados de manera injusta por los hijos de Amón y Moab. Esta gente, que no había sido atacada por Israel cuando estaban conquistando la tierra prometida, los cuales no fueron destruidos porque Dios mismo había prohibido a su pueblo hacerles daño (Dt. 2:8-9). No obstante esta misericordia que Dios tuvo para con los descendientes de los hijos de Lot, el primo de Abraham, ellos, de manera injusta, se han unido con otros pueblos vecinos para quitar la heredad que Dios había dado a su pueblo.

Por eso, en la oración, el rey pide a Dios que juzgue tal acción, pues, Dios dará el pago justo a los que actúan con injusticia y defenderá al débil.

En nosotros no hay fuerza, es la confesión del rey. A pesar de contar con un ejército de más de un millón de hombres diestros y preparados para la guerra, ellos saben que el ejército enemigo es mucho más grande, luchar con sus propias fuerzas sería algo inútil.

En otras ocasiones el Señor había favorecido al pequeño ejército de Israel para enfrentarse en Batalla contra enemigos más fuertes, pero ahora el pueblo no sabe qué hacer, están realmente atemorizados. En medio del temor, lo más prudente es acudir a aquel que puede ganar las batallas con su solo poder.

A ti volvemos nuestros ojos, es decir, no tenemos más en quien confiar. Solo tú Señor podrás hacer que seamos librados de nuestros enemigos.

La respuesta del Señor fue inmediata. El Espíritu del Señor vino sobre el levita Jahaziel, quien habló palabra de Dios dando consuelo y tranquilidad a estas almas intranquilas: *“No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra sino de Dios”* (v. 15).

Cuando nos despojamos de toda confianza en nosotros mismos y llevamos nuestra causa ante el Todopoderoso, entonces ya no estamos afanados por esa situación, porque ahora es la causa de Dios, no la nuestra. Él se encargará del asunto.

Aplicaciones:

- Cuando traemos nuestras peticiones delante del Señor, debemos tener la plena certeza que él se hará cargo de la situación, cuando hacemos esto, entonces podemos descansar y dejar de estar afanados. Pero esto requiere fe; requiere de nosotros el confiar que Dios escucha la oración que hacemos en el nombre de Jesús y que él hará conforme a su voluntad perfecta. No dejar la carga ante el Señor, y seguir con afán luego de orar, es muestra de incredulidad y desconfianza, lo cual de seguro desagrada al Señor. Recordemos las palabras de Hebreos 11:6 *“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que buscan”*.